

ANIMALANDO: DE NIÑOS Y ANIMALES

En el contexto de este germen de nuevas tendencias por una vuelta a la naturaleza de la que todos los que estáis leyendo ahora mismo sois parte activa de un modo u otro, me presento ante vosotros como biófila, una “animal lover” convicta y confesa que no puede más que, a la menor ocasión gritaros a todos: ¡Incluid animales en vuestras vidas! ¡Introducid animales en vuestros proyectos! Supongo que, a la mayoría de vosotros, amantes de la naturaleza, no hará falta convenceros, pero, para los escépticos que todavía os estéis preguntando si os compensará, en función de la expectativa de resultados, someteros al periplo administrativo que supone convertirse en “ganadero/adiestrador” para incluir animales en un proyecto educativo, os digo que sí. Siempre. Y esta afirmación categórica es la parte fácil, la parte difícil es explicar por qué y hacerlo sin que quede lugar a ninguna duda. Y eso es lo que voy a intentar: Convenceros. ¿Por qué? Porque amo a los animales y amo a los niños y creo que, en medio de una realidad devastadora en la que la humanidad camina inexorablemente hacia su autodestrucción, arrasando su propio medio, aplastando la vida animal, pasando por encima de aquellos que son más débiles solamente porque son diferentes, solamente porque hemos crecido en una sociedad repleta de mitos cimentados sobre la idea de que somos carnívoros depredadores para los que la carne está en la base de nuestra salud, lo que facilita que los animales pasen al término de meros objetos a nuestra disposición, lo que los coloca en un lugar totalmente secundario al tiempo que nos otorga pleno derecho, no sólo sobre su vida y su muerte, si no también sobre su uso y explotación en cualquier medio, ya sea para nuestro divertimento o – y, aparentemente con más razón - para desarrollar proyectos educativos y terapéuticos en los que, las condiciones en que viven los animales pasan a un segundo plano o son inexistentes. Un animal necesita mucho más que comida y agua y no nos damos cuenta de que, al desatender todas sus otras necesidades vitales, al centrar nuestra atención en la parte en lugar de en el todo, en el resultado en lugar de en el camino, transmitimos a nuestros niños unos valores de precariedad moral y emocional, que poco a poco irán mermando su capacidad para sentir, empatizar y comprender, por lo que es lógico pensar que si partimos de esta base de niños desensibilizados sólo nos queda esperar un futuro habitado por adultos crueles que, al desarrollarse en una sociedad completamente mecanizada y basada en la inmediatez, el hedonismo y la ley del mínimo esfuerzo, no valorarán ninguna vida. Ni la animal, ni la humana.



“Todo niño debería crecer con animales, aprendiendo desde pequeños que ellos también sienten y sufren como lo hace cualquier ser humano. Quizá así en 15 años una nueva generación ame más y mate menos”

Incluid animales, en vuestros proyectos, os decía al principio, pero hacedlo de una manera responsable y atendiendo primero a su bienestar. Igual de inadmisibile como nos resulta mantener a un delfín en una bañera, es que un caballo viva en un box. Sin justificaciones. Igual que nos resulta impensable instalar a un rinoceronte en el jardín de nuestra casa, lo es que un perro viva aislado y solo en una jaula, sea esta del tamaño que sea. Sin matices. Como educadores, como pedagogos, como terapeutas, debemos luchar por estos valores y confinar, aislar y obligar a los animales a servirnos, no es ni educativo, ni pedagógico, ni terapéutico, por más que la indolente complacencia de los “profesionales” - y la nuestra propia - de aquellos que se dicen responsables del bienestar animal, ya sean veterinarios, adiestradores o criadores, se empeñen en convencernos de que si. Escuchemos a nuestro sentido común. Si en un contexto educativo o terapéutico incluimos animales que viven (mejor dicho “sobreviven”) en unas condiciones psicobiológicas inadmisibles - como es el caso de los caballos estabulados, de los perros en cheniles o de los animales de granja en diminutos corrales -, si los entrenamos y adiestramos empleando métodos violentos y de sometimiento ya sea este físico o psicológico, como es el caso del uso de embocaduras, fustas y espuelas en hipoterapia o “equitación terapéutica”, de los collares de castigo en el entrenamiento de perros de terapia o en la explotación animal en cualquiera de sus, por desgracia, habituales formas, entonces, no sólo no estamos siendo pedagogos, si no que nos convertimos en cómplices del abuso, lo cual es, a todas luces, incoherente. Aunque parezca de perogrullo, no se puede educar empleando como motivador a un animal desmotivado - mirad a los ojos de los caballos en las hípicas y hacedlo con el corazón - no podemos realizar una intervención terapéutica con “robots” -fijaos en muchos perros de terapia, ejecutando trucos y ejercicios con absoluta eficacia y pasmosa precisión, obsesionados por el premio, completamente alienados, en lugar de disfrutar del contacto humano, en lugar de amar su trabajo, porque no se les permite fallar y equivocarse, porque hemos olvidado como reírnos de nuestros propios fallos. Observad a los animales en la mayor parte de las granjas - escuela, balando incesantemente, dando vueltas sobre si mismos o golpeándose contra las alambradas. ¿Son estas escuelas tales o son más bien museos de prisioneros? ¿Dónde está la interacción, dónde está el aprendizaje? En la obsesión por la perfección, hemos perdido la capacidad para improvisar, para adaptarnos, para aceptar el error de un animal que trabaja desenvolviéndose en un lenguaje y un entorno que no les es natural, por ello deberíamos mostrarnos agradecidos en lugar de exigentes, satisfechos en lugar de frustrados, porque en muchas ocasiones hay más de terapéutico en reírse de un error del que hemos sido partícipes, que en la mera observación de un ejercicio impecablemente ejecutado.



“Los animales, queridos niños, comprenden los sentimientos, aunque no entiendan todas las palabras” A. Mingote



¿Por qué conformarnos con lo que hace todo el mundo y no actuar de otra manera? Quizá por no ir contracorriente o porque, simplemente, es más cómodo. Pero vosotros, adultos responsables, pioneros en el camino hacia una nueva vía de pedagogía, compañeros involucrados en el proceso de cambio desde la base, desde el origen que son los niños, os estáis convirtiendo, queriendo o sin querer, en responsables de detener la involución de la especie humana, así que no debéis dejaros envolver por las patrañas socialmente aceptadas, que nos hacen partícipes y cómplices de una despiadada competencia en la que todo vale si se trata de optimizar beneficios económicos. Y para optimizar beneficios a cualquier precio casi siempre se hace necesario que alguien resulte explotado. En este caso los animales.

Oponernos a la explotación y al abuso en cualquiera de sus formas, además de una parte de nuestra vocación, de nuestra devoción, de nuestra creencia, es nuestra obligación. Nos debemos a ellos, porque a niños y animales les une un nexo común: Son vulnerables, sensibles y la pura esencia de la honestidad y la verdad. Por ello debemos protegerlos, porque todo lo que es bello y bueno, todo lo que merece la pena salvar en este mundo, vive en ellos. Protegiéndolos a ellos nos estaremos protegiendo a nosotros mismos, porque nuestra supervivencia y nuestro futuro depende de ellos.

“Enseñar a un niño a no aplastar a una hormiga es tan importante para el niño como para la hormiga.” B. Millar



¿Por qué educar con animales? Podría daros mil motivos, pero os daré tan sólo uno, que es fundamental: para vuestro trabajo necesitáis despertar el interés, la curiosidad y la sensibilidad en los niños y esto sólo ocurre si partimos de una emoción auténtica y pura. Poned a un niño al lado de un perro, de un gato, de un conejito, de una cabra o de cualquier otro animal y, simplemente observad que todas y cada una de las reacciones que se despiertan en ellos son susceptibles de ser reconducidas con un objetivo pedagógico, tan solo tenéis que tener la habilidad necesaria para aprovechar ese primer impulso. El impulso de la vida que, no es otra cosa que, crear, crear, aprender, sentir, tocar, soñar, imaginar... Emociones que brotan espontáneamente por el mero hecho de permanecer por un instante al lado de un compañero de pelo o plumas. Y eso los niños, lo saben.



“Una civilización se puede juzgar por la manera en que trata a sus animales” M. Gandhi

Como me dijo un buen amigo recientemente: Nos vemos en las trincheras.

Izcalli Fernández
Datura Animal